

ACTUAR:

QUE DEBEMOS HACER CON URGENCIA

El tercer paso metodológico es el *actuar*. En esta parte, la encíclica se refiere a los grandes temas de la política internacional, nacional y local y la relación con la religión (cf 164-201). El eje de actuación está en el diálogo (capítulo V) y en la educación y espiritualidad ecológica (capítulo VI) que incluye el aspecto del celebrar

- 164-175. Diálogo sobre el medio ambiente en la política internacional
- 176-181. Diálogo hacia nuevas políticas nacionales y locales.
- 182-188. Diálogo y transparencia en los procesos decisionales
- 189-198. Política y economía en diálogo para la plenitud humana
- 199-201. Las religiones en el diálogo con las ciencias

En definitiva subraya la interdependencia de lo social y de lo educacional con lo ecológico y constata las lamentables dificultades que trae consigo el predominio de la tecnocracia, que dificulta los cambios que ponen freno a la voracidad de acumulación y de consumo y pueden inaugurar lo nuevo (cf 182-188).

Retoma el tema de la economía y de la política, que deben servir al bien común y crear condiciones para una plenitud humana posible (cf 189-198). Vuelve a insistir en el diálogo entre la ciencia y la religión, como lo viene sugiriendo el gran biólogo Edward O. Wilson. Todas las religiones deben «entrar en un diálogo entre ellas orientado al cuidado de la naturaleza, a la defensa de los pobres» (201).. Siempre en el aspecto del actuar, la encíclica desafía a la educación en el sentido de crear una «ciudadanía ecológica» (211) y un nuevo estilo de vida fundado en el cuidado, la

compasión, la sobriedad compartida, la alianza entre la humanidad y el ambiente, pues ambos están íntimamente ligados, así como la corresponsabilidad por todo lo que existe y vive y por nuestro destino común (cf 203-208).

El cambio climático se debe ampliamente a la actividad humana. El papa Francisco recuerda que este punto ya no es objeto de discusión en la comunidad científica. Además, la Pontificia Academia de las Ciencias ha reconocido oficialmente hace algunos meses la responsabilidad antrópica. En efecto, con la excepción de China, la inmensa mayoría de las emisiones de gas que producen el efecto invernadero proviene de los países del Norte y, específicamente, de los estratos sociales más pudientes.

Los países del Sur reprochan con justa razón al Norte el ser el primer contaminador de la historia y le piden asumir desde el punto de vista financiero sus responsabilidades históricas colaborando en el sostenimiento económico de la transición energética del Sur. Y el Norte busca coartadas para sustraerse a esa responsabilidad. La cumbre de París, que se ha realizado en diciembre ha llegado por primera vez en la historia a un cierto consenso entre los países implicados.

ACUERDOS COP21. PARIS

El 12 de diciembre de 2015 en París, 195 naciones alcanzaron un acuerdo histórico para combatir el cambio climático e impulsar medidas e inversiones para un futuro bajo en emisiones de carbono, resiliente y sostenible. El Acuerdo de París reúne por primera vez a todas las naciones en una causa común en base a sus responsabilidades históricas, presentes y futuras.

El reto bien puede resumirse en HACIA UNA DESCARBONIZACIÓN DEL PLANETA. El acuerdo alcanzado en la XXI Conferencia Internacional sobre Cambio

Climático (COP21) no es perfecto: es esperanzador. Es imprescindible cambiar de rumbo para reducir el riesgo y lograr que nuestro planeta sea un sitio apto para la convivencia.

El Secretario General de la ONU, Ban Ki-moon dijo al clausurar la cumbre: "Hemos entrado en una nueva era de cooperación global en uno de los asuntos más complejos a los que se enfrenta la humanidad. Por primera vez, cada país del mundo se ha comprometido a reducir sus emisiones, reforzar la resiliencia y unirse a una causa común para actuar juntos por el clima. Este es un rotundo éxito para el multilateralismo" El mensaje del Acuerdo de París es claro: reducir el riesgo del planeta tiene que ver con un proyecto de civilización. Es imprescindible cambiar de rumbo, y hay que hacerlo rápido.

Han pasado seis años desde la frustrante cumbre de Copenhague y las cosas han ido mejor. La COP21 de Cambio Climático cerró con el consenso entre los 196 países de mantener la temperatura media del planeta muy por debajo de los dos grados respecto de los niveles preindustriales y el compromiso de doblar esfuerzos para llegar a 1,5 grados para fin de siglo, reconociendo que ello reduciría considerablemente los riesgos y los efectos del cambio climático, tal como lo recomiendan científicos y expertos. Se pretende, además, que todos los países alcancen un techo en sus emisiones de gases de efecto invernadero "lo antes posible", aunque no se fija un año concreto.

El objetivo principal del acuerdo universal es mantener el aumento de la temperatura en este siglo muy por debajo de los 2 grados centígrados, e impulsar los esfuerzos para limitar el aumento de la temperatura incluso más, por debajo de 1,5 grados centígrados sobre los niveles preindustriales. Además, el acuerdo busca reforzar la habilidad para hacer frente a los impactos del cambio climático.

Para lograr estos objetivos ambiciosos e importantes, se pondrán en marcha flujos financieros apropiados para hacer posible una acción reforzada por

parte de los países en desarrollo y los más vulnerables en línea con sus propios objetivos nacionales.

Principales puntos del proyecto de acuerdo sobre el clima sometido este sábado en la conferencia de París (COP21) a la aprobación de 195 países:

1. **EL DESAFÍO:** El documento identifica al cambio climático como "una amenaza apremiante y con efectos potencialmente irreversibles" para la humanidad y el planeta. Comprueba por eso "con grave preocupación" que los compromisos sumados de todos los países para reducir las emisiones de gases de efecto invernadero (GEI) distan aún mucho de las reducciones necesarias para contener la agravación del calentamiento global.
2. **La meta.** El objetivo del acuerdo es contener el aumento de la temperatura "bien por debajo de los 2 C" respecto a la era preindustrial y realizar "esfuerzos para limitar ese aumento a 1,5".
3. **Cómo LOGRARLO.** El mundo debe esforzarse en que las emisiones de GEI dejen de aumentar "lo antes posible" y empiecen a reducirse "rápidamente". En la segunda mitad del siglo, debería llegarse a un equilibrio entre las emisiones de GEI provocadas por las actividades humanas (como la producción de energía y la agropecuaria) y las que pueden ser capturadas por medios naturales o tecnológicos, como por ejemplo los bosques o las instalaciones de almacenamiento de carbono
4. **¿Quién?** Los países desarrollados, emisores históricos, tomarán la delantera en los recortes de emisiones de GEI (gases de efecto invernadero) en términos absolutos. Los países en desarrollo, que aún necesitan generar energía con carbón y petróleo, son alentados a orientar sus esfuerzos hacia la realización de recortes. El documento insta a los países ricos a respaldar los recortes de emisiones de las naciones en desarrollo.
5. **Seguimiento.** En 2018, dos años antes de la entrada en vigor del acuerdo, los países evaluarán los impactos de sus iniciativas contra el calentamiento global y

analizarán nuevamente sus planes de reducción de emisiones de GEI. Cuando el acuerdo cobre efecto, las revisiones se realizarán cada cinco años, a partir de 2023.

6. **APOYO FINANCIERO.** Los países desarrollados "proporcionarán" apoyo financiero a la reconversión energética de los países en vías de desarrollo y a enfrentar fenómenos relacionados con el cambio climático, como la intensificación de las sequías y los huracanes. Fuera de las partes jurídicamente vinculantes, el documento establece la suma de 100.000 millones de dólares anuales como "base" de los montos aportados por los países ricos. La suma se actualizará en 2025.

7. **PÉRDIDAS Y DAÑOS.** Se reconoce a las islas vulnerables al alza del nivel de los océanos y a los países pobres más expuestos al cambio climático el derecho a obtener respaldos para "prevenir, minimizar y reparar" las pérdidas.

Para cumplir con el acuerdo necesitamos avanzar de forma más decidida hacia las energías renovables, cuyos valores de instalación han disminuido notablemente en los últimos años. Nada sencillo, pero lo cierto es que nos queda muy poco tiempo para alcanzar el pico máximo de emisiones a partir del cual es necesario bajarlas, y de forma sostenida, para no sobrepasar el tope acordado de los dos grados.

Lo más importante es que existe un marco legal vinculante a nivel global y debe transformarse en políticas de Estado. Si algo ha quedado claro en esta cumbre es que el cambio climático no es un tema ambiental, sino de desarrollo sustentable.

Es por eso que el Gobierno debería establecer una coordinación interinstitucional efectiva y con los diferentes sectores y actores que tradicionalmente no acompañan estas medidas, de modo de promover las energías renovables, nuevas opciones de transporte en las ciudades, la gestión integral de residuos sólidos, una agricultura sostenible, una férrea protección de los bosques y de los mares, etc. Seguramente estos cambios implican transformar completamente la forma de

planificar y diseñar ciudades y de generar energía. Se debe contar con un plan nacional de mitigación y adaptación al cambio climático, que además de efectivo, sea una prioridad de todo el país, considerando, además, que estamos en una zona vulnerable al cambio climático.

El mensaje del Acuerdo de París es claro: reducir el riesgo del planeta tiene que ver con un proyecto de civilización. Es imprescindible cambiar de rumbo, y hay que hacerlo rápido.

LAS COMUNIDADES CRISTIANAS

Como comunidades cristianas tenemos un papel importante en este problema. *Para ser comunidades alternativas al sistema dominante, debemos vivir en nuestras opciones cotidianas las dimensiones de la justicia social y ambiental.*

Lamentablemente, eso es justamente lo que falta a nuestras comunidades cristianas: la capacidad de vincular *fe y vida*. Es como si la fe tuviese que ver con el culto en la iglesia y la vida cotidiana siguiese los dictámenes de un sistema que nos está llevando a la muerte. Esta esquizofrenia entre fe y vida es la que el papa Francisco quiere contestar en *Laudato si'*. Y lo hace para las comunidades cristianas especialmente en el capítulo sexto: «Educación y espiritualidad ecológica».

En esto, como comunidades cristianas nos jugamos todo, nos jugamos nuestra misma fe. Nosotros proclamamos que Dios es el Dios de la vida y de la vida en abundancia, como dice el evangelio de Juan.

En el Antropoceno, gracias a una secuencia impresionante de sucesos y a la progresiva creación de un sistema organizado e integrado a escala planetaria, el ser humano es cada vez más capaz de manipular la naturaleza y la vida. Se trata de una condición nueva, que atribuye precisamente al ser humano una responsabilidad sin precedentes.

El papa Francisco nos dice que, aun siendo valiosa, la razón técnica no resolverá por sí sola los problemas que su afirmación trae consigo. Por el contrario, la

solución debe buscarse en reabrir a dimensiones no puramente técnicas un discurso que se hace cada vez más autorreferencial, regresando a la comprensión de que el conocimiento del mundo no pasa exclusivamente por las certezas del experimento, sino que implica también la esfera mucho más delicada, flexible y plural de la experiencia.

A escala global se acentúa lo que Günther Anders llamaba «desnivel prometeico» entre sistemas técnicos cada vez más avanzados, extendidos, veloces y complejos, y la vida humana, frágil, contradictoria, limitada. Un desnivel que solo una conversión cultural y existencial puede llenar.

Encarando el problema, el papa Francisco propone nuevamente la perspectiva cristiana de una concepción integral de la vida y de lo humano como camino para afrontar los desafíos de la condición contemporánea, en diálogo y alianza con todos los hombres de buena voluntad.

Para vivir y continuar progresando en el Antropoceno hace falta un hombre a la altura de los tiempos. Porque de nosotros depende que no destruyamos la vida y, con ella, al hombre.

El ser humano que necesitamos no es el superhombre. Tampoco hará falta una superinteligencia para sacarnos de nuestros problemas. Por el contrario, lo que nos salvará, dice el papa Francisco, es el hombre que no olvida estar arraigado en la vida y que, por eso mismo, es capaz de escuchar -según la primera enseñanza de la Biblia, que dice: ¡Escucha, Israel!-.

Solo a condición de que seamos capaces de detenernos a mirar y a escuchar -o, mejor dicho, a contemplar- más allá de nuestras capacidades cada vez más potentes de hacer y de actuar, podemos reconocer las contradicciones a las que estamos expuestos.

Partiendo de este plano será posible procurar llenar este vacío institucional que sentimos cada día a fin de procurar orientar lo que hoy parece destinado a escapar a cualquier control y sentido.

La razón de la parálisis institucional que hoy sufrimos, sostiene el papa Francisco, es fruto de aquella actitud típicamente moderna de no querer emplear todo

el espectro de las capacidades humanas en la organización de la convivencia. Si se parte de una idea de vida neutra y aséptica se llegará a construir un mundo neutro y aséptico, hiperfuncional e inhumano: capaz, al final, de destruir la misma vida que pretende conocer y dominar, pero que, en realidad, olvida.

He aquí, pues, hasta dónde llega la provocación del papa Francisco, que con esta encíclica se pone tras las huellas de sus grandes predecesores ⁷ pronuncia una palabra sobre la cuestión más profunda de nuestro tiempo: la idea que ha alimentado el crecimiento de los últimos siglos -según la cual la simple persecución del interés individual y nuestra capacidad técnica son suficientes para crear riqueza colectiva- se revela cada vez más como inadecuada.

En el punto en el que nos encontramos es necesario un cambio de paso. Necesitamos volver a componer sobre bases nuevas la posibilidad de expresión del yo con el cuidado del contexto que nos rodea, la organización de los sistemas tecnoeconómicos con las exigencias del ecosistema, nuestras certezas científicas con el espacio del misterio. Porque es este el camino por el cual el ser humano puede llegar a comprender que la condición de libertad que lo caracteriza no elimina sino que exalta su responsabilidad -es decir, su ser en relación- respecto de aquello que lo circunda.

Esta es la conversión que pide el Papa. Una conversión que, para poder realizarse, necesita un tipo de hombre distinto del que hoy predomina.

Por un humanismo del cuidado Según Hannah Arendt, la libertad que tenemos los hombres modernos se ha construido sobre un doble asesinato simbólico: el de Dios padre y el de la madre tierra (para evadirse de ella hacia el espacio que hay que conquistar y explotar).

O bien, se ha construido sobre la negación del hecho de que somos «hijos de», de que no nos hemos hecho a nosotros mismos, y sobre las implicaciones de esa misma evidencia: respeto, gratitud, hermandad. Si somos hijos de Dios y de la tierra, somos hermanos entre nosotros y de las demás criaturas: la misma «fraternidad universal» (228), la «sublime fraternidad con todo lo creado» (221) que cantó el santo de quien el papa Francisco ha tomado el nombre.

«No somos Dios. La tierra nos precede y nos ha sido dada» (67). Hemos sido concebidos en el corazón de Dios (cf 65) junto a todas las criaturas. Y si la tierra, el agua, el viento y las estrellas son nuestros hermanos y hermanas, nuestra postura no puede ser la del dominio y la explotación, sino la de la ternura, la de una mirada benévola que se posa sobre el mundo sin pretender reducirlo a cualquier otra cosa. No es casual que a la «muerte de Dios» haya sucedido la pérdida de respeto por la tierra.

Así, como escribiera María Zambrano, «el hombre al afirmarse a sí mismo ha tropezado consigo mismo, se ha enredado con su propia sombra, con su propio sueño, con su imagen; el sueño de su poder y aun de su ser llevado al extremo, convertido en absoluto».

De ese modo, ha olvidado que Adán y Eva, hijos de Dios y nacidos de la tierra, recibieron un mandato referido a partir de ese momento a toda la humanidad: cultivar y custodiar la tierra, dos modos de habitar el mundo que no pueden separarse. Y ello no porque indiquen impulsos contrastantes (modificar y conservar), sino porque expresan, con matices diversos, la respuesta a la invitación que le fuera dirigida desde el comienzo a nuestra libertad: cuidar, creativamente, en gratitud.

Hemos sido creados para amar (cf 58). Muy bello es el significado de la palabra «cuidar» en español, la lengua del papa Francisco: no es hacer de guardianes, defender, vigilar. Es más bien mirar con minuciosa atención, preocuparse, atender con cuidados, hacer crecer, con dedicación, lo otro de sí mismo. Es la solicitud que acompaña y nutre para permitir el pleno florecimiento de toda belleza. Es el camino que nos educa de una manera no moralista a la alteridad, al encuentro que, mientras hace de límite a nuestro yo, lo ayuda a salir de sí mismo hacia el otro (cf 208), a trascenderse, a crecer en humanidad.

La mirada del cuidado es una mirada regenerada (*ubi amor ibi oculos*), que ve la belleza también en aquello que parece marchito («En la vejez aún llevarán fruto», Sal 92 [91],15) y contrasta la deshumanizadora cultura del descarte, que afecta tanto a las personas como a las cosas (cf 22).

Ecología humana y ecología ambiental, cuidado de la naturaleza y

cuidado de los hermanos y hermanas frágiles caminan juntos (cf 64).

Cuidar de todas las criaturas, «un cuidado generoso y lleno de ternura» (220), significa cuidar de sí mismo, porque «en el mundo todo está conectado» (16). Hay una «relación de reciprocidad responsable entre el ser humano y la naturaleza» (67): si cuidamos de la naturaleza, la naturaleza cuida de nosotros. Si queremos dominarla, se rebela y destruye

El movimiento del cuidado, desbalanceado en la partida, nos educa a la ligazón, al «misterio de las múltiples relaciones» (20) que preceden a nuestra individualidad y la sostienen; y de este modo, la solidaridad no es un deber-ser que nos imponemos, sino el reconocimiento de que «todos los seres nos necesitamos unos a otros» (42).

Por eso, el humanismo de hoy debe promover una visión «más integral e integradora» (141), capaz de hacer que se impliquen y crezcan «todo el hombre y todos los hombres» (*Caritas in veritate* 55), de movilizar «una reunión de fuerzas y una unidad de realización» (219), porque cada uno, también el más frágil, puede hacer una aportación. El humanismo de la dignidad es un humanismo de la aportación.

El lenguaje que nos educa a la custodia como cuidado, que ayuda a cultivar sin explotar y a reconocer la belleza del mundo como don es el de la poesía y de la oración. Hay una «crisis de éxtasis» en nuestro tiempo, denunciaba D. Tonino Bello. Hay un oscilar entre el rendirse al sinsentido y el pretendido señorío sobre los significados, ambas cosas mortíferas.

En cambio, como escribe Rilke: «Ignotos son los dolores, / no se aprende el amor, / y no se desvela tampoco lo que en la muerte nos aleja. / Solo el canto sobre la tierra / santifica y celebra».

El ser humano que cuida, que bendice, agradecido por el don que no puede no querer transmitir a quien vendrá después, es capaz de esperar y, por eso, de cantar: «Caminemos cantando. Que nuestras luchas y nuestra preocupación por este planeta no nos quiten el gozo de la esperanza» (244)